

ya verás cómo te alivias. Yo soy *dotor*. Te lavo después el estómago, te coso la herida y listo!

Pero Maximino se resistía.

—Y si me matas?

—No, hombre, si de eso no se muere la gente. Aquella muchachona que yo *vide* se alivió.

Le explicaba lo que había visto en el hospital, trataba de convencerlo, y Maximino moribundo, ansiando que lo curaran de aquel terrible dolor, balbució por fin levantándose él mismo la harapienta camisita:

—Sí, sí..... ¡ay! *hermanito!* ¡ay! Aquí..... *mila*..... aquí....

Le señalaba el epigastrio con su dedo tembloroso, y el improvisado cirujano, satisfecho de su buena acción, no esperó más: de un tajo magistral le rajó el vientre de arriba á abajo interesándole mortalmente la vejiga.

Lanzó un tremendo grito el inocente y la sangre brotó y borbotones por la espantosa herida. Aterrorizado de su obra, el inconsciente fraticida se arrojó sollozando sobre su hermano que se debatía con las ansias de la muerte.

—¡Mino! ¡Mino! ¡Háblame! ¡no me acuses!..... ¡no te mueras!..... ¡Qué feo roncas! ¡Hermanito no te mueras!...

Y pegado á sus labios amoratados lo besaba llorando desesperadamente.

—¡Mino! ¡Mino!..... ¡contéstame..... ¡no me acuses!.... ¡no quiero que te mueras, hermanito!..... ¡Me perdonas? ¡hermanito, no te mueras!.....

Cuando la buena mujer entró llevando alimentos y dos centavos de ciruelas maduras para sus queridos hijos, ya la pobre víctima había espirado y un perro callejero, hambriento y roñoso, lamía la sangre coagulada.

Cantó un gallo en el corral vecino.

Y un vendedor pasó gritando:

—¡La frutaaaa.....!

La anémica

“Cuando el hombre quiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida.”

[Kempis, lib. I, cap. XXII.]

LA ANEMICA.

—Niña, retírate de esa ventana. Te va á hacer daño la humedad.

—Déjame, mamá, estoy tan á gusto. . . .

—Sí, pero ese frío de los cristales te puede perjudicar.

—Mejor, mamá, me moriré más pronto.

—¡Ah, qué niña tan tenta! ¡Siempre pensando en morir!

—.....

—Ya tomaste tu cucharada de Ozomulsión?

Consuelo contestó afirmativamente con un ligero movimiento de cabeza y Doña Andrea se alejó balanceando la suya con aire descontento.

De la mañana á la noche, Consuelo se la pasaba sentada junto á la ventana, alisando el lomo de su enteco gatito legafioso, siguiendo el vuelo de las golondrinas, leyendo novelones de capa y espada ó biografías de músicos célebres, bordando con sedas de colores para luego abandonar el trabajo porque sentía vértigos si fijaba mucho la vista en él, bostezando con soberano hastío, tititando y retorciendo las borlas de su abrigo de lana roja, ó mirando desfilár á los pocos transeuntes que discurrían por la plazuela en cuyo centro se elevaba un pequeño jardín de altos fresnos, saúcos enanos y floridos laureles-rosa, con sus

banca desvencijadas, su fuente circular de cantera recubierta de lama y sus cuatro prados siempre húmedos, alfombrados de verde zacate inglés entre el cual crecían raquífticas violetas, oloresos rosales y unas cuantas matas de geranios, mastuerzos y claveles.

En torno de la fuente que constantemente lanzaba al aire su alegre chorro de agua cristalina, chacoteaban las mozas del barrio con los aguadores; dirigiánle pullas al socarrón gendarme, un muchacho taimado, fuerte, medio jorobado, de rostro renegrado, ralo bigote y mirada oblicua y picaresca; reñían entre sí propinándose empellones, tirándose de las trenzas negras y relucientes como la obsidiana, injurián lose con palabrotas que no son para escritas y bromeando con Nacho, el pobre idiota conocido por su raro mutismo en todo el barrio.

Este inofensivo bien aventurado era un hombre trabajador como pocos, tonto de remate, sufrido y bueno: una verdadera bestia de carga. Sin hablar jamás, con su eterna sonrisa cándida, llenaba sus botes y alejábbase con paso rítmico, mirando siempre al suelo, sin hacer el menor aprecio de las sátiras que todas y especialmente Doña Andrea le dirigían:

—Nacho, ¿quieres casarte con mi niña? Está enamorada de tí: mírala que triste está.....

E Ignacio sonreía estúpidamente, escurriéndole la baba por las comisuras de su boca gruesa y torcida por extraña mueca.

Rara vez, cuando escaseaba el agua, era de ver la tremolina que armaban aguadores, mozas, erizados y viejas. En medio á un barullo infernal oía-se el ronco ruido de las escudillas que raspaban ansiosamente el fondo verde y glutinoso del tazón, las protestas del gendarme enfurecido deveras, las carcajadas de los curiosos pilluelos que, camino de la escuela se detenían á ver aquello y á cazar

torcaces con sus *resorteras*; y el todo acompañado por las melodiosas y variadas músicas de los tordos que anidaban entre los brotes perfumados y nuevos. De pronto brotaba el chorro límpido, irisado, diáfano como una cascada de luz, y un aplauso general resonaba largamente. Chocaban entonces los cántaros; á las veces rompíanse con estrépito; de una á otra parte se cruzaban las injurias como un fuego graneado; había pisotones, empujones, pellizcos, atropellos, exhibiciones.....

—¡Eh, tú, Nicasia, no te empines tanto que se te ven las piernas chorreadas!

Una risotada fresca, sonera y bestial acogía la frase haciendo poner roja como un madroño á la interpelada. Y estas escenas que diariamente y á ciertas horas se repetían, esparcían un poderoso aliento de vida en la plazuela inundada de sol, y lograban arrancar una leve sonrisa á los labios cárdenos de Consuelo.

Por las noches, cuando la luna bañaba con su luz misteriosa el murmurador follaje y la blanquecina torre de la iglesia que se erguía esbelta al lado oriente de la plazuela, algunas parejas de enamorados se besaban y cachicheaban á favor de la penumbra. Consuelo desde su escondite, los veía acariciarse, estrecharse las manos, soñar en la paz inefable de la noche tibia y poética; pero permanecía indiferente, inmóvil como una estatua, pensando tal vez con suprema amargura en la imposibilidad de realizar en sueños amorosos semejantes á los que se presentaban ante sus ojos como invitándola á amar la vida. Hundos suspiros exhalaba su pecho y un secreto rencor le roía las entrañas, rencor que se manifestaba en la nerviosidad de sus largos dedos empotrados en las palmas, y en la torva fijeza de sus pupilas que parecían llamear entre la sombra como dos fuegos fátuos.

Consuelo era una morena de veinte años, de regular es-

tatrua, enteca y degenerada por una feroz anemia que la conducía lentamente hacia la tumba. Su alto peinado rematado por un correcto moño de raso negro, circundaba una frente estrecha bajo la cual languidecían sus hermosos ojazos negros, algo saltones, pero bellísimos, tristes, rodeados de grandes pestañas que les prestaban indefinible encanto. Su nariz de líneas irreprochables, era delicada, pero la boca, aquella boca igual á la de Doña Andrea, que al reír mostraba una desigual y sucia dentadura engastada en sus encías sanguinolentas, hinchadas, enfermas, absurdas, como si escurrieran lacre rojo y que despedían un hedor insoportable, lo echaba á perder todo. Su cutis, aunque constantemente cubierto de espinillas y erupciones ella lo hacía aparecer terso y blanco á fuerza de afeites y de polvo. Cuando no reía, y ésto era lo más frecuente, interesaba su rostro agraciado y melancólico, pálido como una aurora de invierno. Acaso ella comprendía la ventaja de no hacerlo y de aquí en parte aquella hosca severidad, aquella *apkatia* helénica que imprimía al óvalo perfecto de su cara un aire de frialdad apática y adusta, una resignación forzosa parecida á la que se advierte en los condenados al cadalso. Por lo demás, su cuerpo no carecía de cierta elegancia, y fuera por el contingente del traje bien cortado y si se quiere opulento, ó por flexibilidad natural, movíase airosamente al andar, con rítmica desenvoltura, sin la rigidez propia de un cuerpo anémico. Ciertamente la plasticidad de sus formas era casi nula siendo Consuelo delgada en extremo, con unos senos raquíuticos de hembra estéril, con unas caderas estrechas que revelaban su infecundidad, sin esas morbideces encantadoras de la mujer sana y robusta, normal resistente, nacida para desempeñar su único papel: dar miembros bellos, inteligentes y fuertes á la humanidad. Conocedora en el difícil arte de engañarse á sí mis-

ma y por la innata egolatría de su sexo, sabía acolchonar, modela y rellenar con mallas de algodón lo que carecía de pánículo adiposo. La crema, el carmín y el carbón eran sus cómplices para enmendar los defectos,—castigos misteriosos,—de la Naturaleza. No era precisa en este una coqueta sino una desheredada. Estos pecadillos eran disculpables si se atiende á lo cruel que anduvo el espíritu de la especie al darla en defectos físicos y morales lo que la quitó de sangre y de inteligencia. Sus piés eran pequeños, bonitos, ricamente calzados con choclos de charol, pero en cambio sus manos flacuchas, amarillentas, tendidosas, exangües como las de un antropomorfo, cubiertas con mitones calados, parecían dos guantes viejos á medio inflar. La fealdad de ellas y sobre todo la monstruosidad de su boca fétida, constituían el peor martirio de su vida morbosa y solitaria.

Bien comprendía que tales defectos alejábanla del sexo contrario. Así, desde que tuvo uso de razón fué adquiriendo una tristeza incurable. Los años transcurrían monótonamente para ella. Siempre las mismas caricias y cuidados de sus padres que procuraban darla gusto en todo; siempre las mismas costumbres, diversiones y paseos que no variaban, que iban sumiendo su espíritu en una paz de cementerio. Y además, aquella constante vigilancia á que se veía sujeta, convertía su obediencia de hija buena, en deseo de libertad. La enferma hubiera querido mayor campo para su alma. Muchas veces se rebelaba contra aquella dulce esclavitud que el exagerado amor de sus progenitores le imponía. “¿No me he de casar nunca?”—pensaba con profunda desesperanza.

—El día que te cases me matarás,—la advertía frecuentemente la egoísta Doña Andrea.

Tal advertencia resultaba inútil: en los cinco ó seis años que Consuelo contaba de pubertad, un sólo pretendiente la

había hablado de amor, un jovencito acicalado como una señorita, enclenque, elegantemente vestido, nervioso, rubio, que vendía sedas y telas en un almacén de ultramarinos. Pero aquella criatura frágil y vana como una pompa de jabón, no era un partido serio. Habíase acercado tímidamente á su reja y con frases comunes, atildadas y torpes expuso su pasión. Ella le hubiese correspondido; sentía anhelos de proclamar en el colegio que ya tenía un novio, y humillar á las compañeras que se burlaban de su fealdad, mas á poco notó un gesto de asco en el afeminado rostro de su galán y éste se despidió vivamente, groseramente, sin darla una explicación de su extraña conducta..... ¡Ay! Ella la había encontrado perfectamente en la reprobación que le causara su aliento.....

Y empezó el calvario; la indiscreción funesta de su pretendiente; las sátiras de sus malas condiscípulas; el aislamiento al que la condenaban; el secreteo de los jóvenes cuando la veían pasar, ese murmullo, en fin, que como fatídico cerco rodea á los leprosos. Entonces vino la reacción contra una agresión injusta: primero tuvo tres días de secreta angustia y de continuo lloro; después se propuso despreciar á todos los que la despreciaban, y por último su corazón se envenenó con un odio sórdido contra sí misma y contra el mundo, pasión mal velada por un cariz hipócrita de felicidad aparente y que sólo se adivinaba en su torvo mutismo y en los relampagueos nerviosos de sus grandes ojos. Dióse con más ahinco á leer poesías románticas y cuentos tristes. Se dedicó á soñar en lo imposible mientras sus manos repasaban melancólicos impromptus de Schubert; y en las bellas artes, mal cultivadas y peor sentidas halló siquiera consoladores guías para su noche implacable.....

—Hija, no toques tanto; te vas á poner mala de los nervios, exclamaba ásperamente Don Ramón.

—¡Ay! papasito, es tan triste la música de Schubert.....

Don Ramón, su padre, era un hombrecillo nerviosísimo, raro y altanero; unos de esos agrios seres hechos de nervios y de orgullo que se creen nacidos para mandar y ser obedecidos incondicionalmente. Con valor hubiera sido un gran coronel, pero poseyéndola en pequeña dosis, habíase dedicado mejor al comercio obedeciendo sin duda á su idiosincrasia. Por cada uno de sus poros parecía manar la bilis y la pedantería. Su tez verdosa, color de membrillo semi-maduro, revelaba á las claras su temperamento linfático. Sus ojos notablemente saltones, bovinos, desprovistos de pestañas, de una movilidad extraordinaria, giraban bruscamente apareciendo como los de un toro que otea y olfatea sangre humana. Sus bigotes erizos, ralos, tiezos como púas, denunciaban su espíritu tiránico y le daban un aspecto repulsivo. Sus miembros se movían espasmódicamente como si los tocasen con una corriente eléctrica. Hablaba, y su voz era ríspida, cortante, golpeando las palabras que sonaban como secos martillazos. Sorbía, escupía, alargaba y contraía el corto cuello con movimientos voltáicos, raspaba el piso con sus pies torcidos y llenos de callosidades, de talón firmemente apoyado hacia el lado postero externo, indicio según mis observaciones, de fatuidad.

—¡Caray! ¡caray!

Era su exclamación favorita, la que mezclaba eternamente á sus pláticas larguísimas interrumpidas por breves intervalos, como los fraseos telegráficos. Espíritu retrógrado hasta el más refinado fanatismo, impregnado de ridícula suficiencia, enemigo acérrimo de toda innovación y réplica, metódico, envidioso, tenaz y avaro, Don Ramón soportaba á pesar suyo el empuje de las ideas nuevas que lo arrastraban hacia la futura Verdad. Reducíase su círculo á tres ó cuatro amigos analfabetas elegidos con

¡suficiente meticulosidad entre los babiecas creyentes adheridos á su estacionario credo religioso. Educado por su tío, un matemático modesto y talentoso, llegó á adquirir los conocimientos suficientes para vivir dando clases de tene-duría, materia en la cual no pasó nunca de ser una obscura medianía. A cada fracaso suyo y á cada nuevo triunfo de su tío, la envidia le roía el alma, y la impotencia lo iba sumiendo en las tenebrosidades del desengaño y de la misantropía. Dada su necedad, todo lo atribuía á la maldad de las gentes y de aquí su desdén por ellas, desdén que era correspondido con creces.

Ya casado con aquella mujercita ambiciosa de cara astuta y aguda como la de un zorro y cuyo carácter corría parejas con el de él por lo hipócrita y egoísta, vió nacer y crecer como un raquítico befeño á Consuelo, niña adorada que heredara las pasiones de ambos y á quien amó y mimó á su modo, con las bruscas impetuosidades y caricias propias de su carácter. Desde un principio adivinó en ella á un sér desheredado; quizá comprendió con su clarividencia de padre el nebuloso porvenir que la esperaba y apresúrose á darla una educación brillante; pero la muchacha, enfermiza y tonta, con mil dificultades llegó á aprender algo, muy poco de piano, inglés, contabilidad y dibujo. El arte y la ciencia se resistían á penetrar en aquel cerebro pobre y frívolo, envenenado por una doble envidia hereditaria, lleno solamente de ideas locas y románticas.

Así, estudiando un mes para exagerar su enfermedad durante los once restantes del año, mimada hasta el fastidio por sus padres que quieran ó no toleraban su holgazanería, llegó antojadiza, volutariosa y altanera, hasta la edad de veinte años sin haber amado lealmente á nadie, sin creencia fija, incapaz de abrigar en su corazón frío é insensible como un granizo que cae, esa santa pasión que

es el dorado sueño de las jóvenes casaderas, de los séres normales, fuertes y sanos que para la perpetuación de la especie, se someten de buena voluntad á los inmutables yugos impuestos por la madre Naturaleza.

Y ahí permanecía ahora soñando detrás de la ventana, en el cuartito donde se podía ver un piano con su funda verde, el caballete con un retrato esbozado de Schubert, el canastillo de costura olvidado y polvoso, unos cuantos muebles de bejuco, los estudios de dibujo, libros viejos y sobre la máquina de coser que jamás cosía, el indispensable frasco de Ozomulsión, vida y sostén de aquella siememesina, soñadora por *pose*, admiradora de los artistas, por imitación, y refractaria al matrimonio, por despecho.

Sonaron las campanas aturdiendo con su repique ladino y sonoro. Consuelo bostezó, tapóse los oídos; después, cuando las últimas ondas se perdieron, arreglóse el listón azul que ceñía su flacucho cuello, destapó el frasco y se bebió la cucharada de la asquerosa pero benéfica medicina; hizo un gesto de disgusto y sentóse frente al caballete sonriendo melancólicamente y suspirando:

—¡Ay!...

Se puso á trabajar con brío.

De todas sus labores aquella del dibujo era la que más le agradaba. Desde que su profesor, un hombrecillo joven y meloso, la había permitido emprender un retrato cualquiera, ella eligió el de Schubert dando muestras de visible satisfacción al empezarlo, y ni se acordó ya de sus males imaginarios ó efectivos entusiasmada como estuvo al concluir la efígie del gran artista. Quiso trabajar otra que resultó un poco mejor y luego una pequeña que desapareció. Era la más acabada.

—¿Qué le hiciste?,—preguntó una noche Doña Andrea.

—La regalé, mamá.

A partir de aquellos días comenzó á cambiar de humor. Tornóse un poco más comunicativa con las dos ó tres amigas que á diario la visitaban; salía con ellas á dar un paseo por las afueras de la población; sonreía frecuentemente y se notaba en fin que algo de extraordinario ocurría en su alma hurafía y paría.

Devoró todas las obras de Flamarión, algunas de Poe, de Allan Kardec, de Delanne y la "Defensa del espiritismo" por Russell Wallace; tomó afición á las experiencias hipnóticas, y tras prolongados períodos de éxtasis, hablaba de transmigraciones, metempsicosis y avatares defendiendo con calor las teorías metafísicas, entusiasmándose con su novela favorita: la "Estela" del gran soñador astrónomo.

—Qué cambiada estás, Consuelo: apostamos que ya te enamoraste de tu maestro.....

No contestaba á sus condiscípulas, pero se reía con nerviosidad histérica y misteriosa.

—Anda, anda, dínos entonces quien es tu prometido, no seas tonta. Si al cabo no lo vamos á contar.....

—¡Nadie, vaya, qué ocurrencia!

—Sí, sí, estás enamorada, no lo niegues, —afirmaban aquellas con esa clarividencia innata en la mujer para presentir y adivinar los secretos de las otras.

Consuelo callaba y de pronto se entristecía sin motivo aparente. Su atormentado cerebro formulaba esta pregunta: —"¿Volverán los muertos?....."

Una vez Doña Andrea la sorprendió silbando, *silbando*, así como suena, y naturalmente aquel acto insólito al que no estaba acostumbrada, le llamó poderosamente la atención. Entre la garrulería que formaba el agudísimo y vibrante gorjear de sus canarios favoritos, llamó á las criadas.

—Muchachas, muchachas, vengan acá, la niña está silbando.

Juana la cocinera dejó caer el plato donde batía albúminas de huevo, y Matilde, la chata picada de viruelas que estaba ahí en calidat de *depositada*, se quedó con la boca abierta. Aquello era inconcebible. O la niña se había vuelto loca ó Don *Flamarión* como ellas decían, la estaba curando á ojos vistos. Ninguna pudo saber empero, qué trozo había silbado Consuelo.

Por la noche, cuando le refirieron el caso estupendo á Don Ramón que llegó como siempre expectorand ruidosamente y quejándose de catarro, ("coriza agudo" según su castizo léxico) la anémica se negó á decirle qué pieza había sido aquella tan comentada, y él se quedó como los presentes: estupefacto.

Otra vez, el muchacho que llevaba la correspondencia de Don Ramón, la había sorprendido también, llorando al tocar un *impromptu* que le agradaba mucho al joven pintor. La sensible intérprete se había ruborizado á través de la espesa capa de albayalde, y desde entonces le tenía ojeriza al indiscreto y burlón escribiente.

Y aquella mañana de Junio, cuando volvió á entrar Doña Andrea, la encontró bailando, saltando de zoca en colodra á la vez que tarareaba el "impromptu" mencionado. ¿Era posible? Aquello pasaba ya de la raya, y con justicia Doña Andrea se alarmó.

—Tú me ocultas algo, niña, —dijo con voz quejumbrosa y pusilánime.

—No mamá, ¿qué quieres que te oculte? Siento gusto y nada más; ¿para qué te alarmas?

Fué y abrió la ventana por donde penetró el sol á torrentes saneando la atmósfera viciada que ahí se respiraba. Oíase el jubiloso piar de las nuevas crías de tordos y el aturdidor de los canarios que se bañaban alegremente.

prisioneros en la enorme pajarera. Algunos aguadores sacaban agua de la fuente. El corcovado sacristán, un imbécil de edad indefinible, se calentaba al sol y componía uno de sus viejísimos zapatos, enredado en correas, torcido, sin tacón, impregnado de olor á cera, mocho é incienso. La viejecita de la esquina, cubierta con un ancho sombrero de *petate*, ahuyentaba á las tercas moscas que se comían los polvorientos dulces de su mesa sucia y perniquebrada:

—¡Moscas de mis pecados!.....

Las espantaba con una cola de cerdas blancas, amarrada á un cabo de madera.

Consuelo contempló el paisaje, quedóse un momento pensativa y después abrazó intempestivamente á su madre dándole un sonoro beso en la frente ya surcada de arrugas.

Aunque Doña Andrea estaba acostumbrada á sus melosas caricias de gata consentida, no dejó de afirmarse más en su creencia dado al fuego desusado del ósculo filial. Y mientras Consuelo curioseaba por la ventana, la señora repitió sus palabras de siempre.

—Niña, retírate de esa humedad.

Caldeaba el sol, chillaban las golondrinas y un vendedor gritaba:

—¡Toman helaoos?....¡Los helaos!

A pesar de todo, ella obedeció, y cuando su mamá hubo traspuesto el umbral, yendo como solía, á platicar con sus canarios, Consuelo sacó de entre sus senos infecundos y marchitos un retrato que besó largamente, apasionadamente.....

*
*
*

Esta mañana, después de cinco años, he sabido la tris-

te muerte de Consuelo. Falleció de anemia. Dicen que estaba transparente y enjuta como una caña de cristal.

—¡Pobre muchacha! Amó mucho al pintor aquel, ¿recuerda usted? Y él no lo supo.....

—¡Quiá!—exclama carcajeándose mi amigo el burlón escribiénte. Amó en espíritu á un hombre más feo. Al levantarla de su lecho para colocarla en el ataúd, rodó por la alfombra el retrato de....

—¿De su maestro?

—No señor, de Schubert!